

ALEX DAUNEL

# *Los indecisos*



Título original: *Les Indecis*

© ALEX DAUNEL, 2021 (EDITIONS DE L'ARCHIPEL)

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2023

[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

Primera edición en Berenice: septiembre de 2023

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA

Editor junior: MANUEL ORTIZ DE GALISTEO

Impresión y encuadernación:

GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-11313-83-4

Depósito Legal: CO-1315-2023

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

*A mi hija Sarah.  
A mi padre.*



«Apenas compadezco a los muertos, más bien los envidio;  
pero compadezco mucho a los moribundos».

Michel de Montaigne, *Ensayos*



# 1

—¿Policíaca? Primer piso, al fondo a la derecha.  
—¿Romance? Segunda planta, primera puerta a la izquierda.  
—¿Fantástica? Tercer piso. La puerta falsa de la derecha.  
—¿Superhéroes? Segunda planta. En la parte de atrás. Tenga cuidado, está abarrotada.

Las indicaciones procedían de un joven que llevaba con orgullo su uniforme azul bígaro. En medio del vestíbulo, agitando los brazos, con el quepis atornillado sobre su pelo rojo, parecía un policía de tráfico.

Se dirigió a una multitud densa pero disciplinada, cada uno esperando para saber adónde debía dirigirse.

—¿Y tú? El tipo alto y moreno del impermeable beige, ¿qué eres?

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Date prisa! Hay gente esperando.

—¿Quién soy? Soy...

—No te pregunté quién eras, sino qué. ¿Qué género literario?

El hombre permaneció impávido, como si no alcanzara a comprender el significado de la pregunta.

—¡Oh, no! Por favor, dime que te gustan las novelas policíacas. Incluso las novelas gráficas... Todo vale.

—¿Debo decirte lo que me gusta leer? ¿Ahora mismo? Pero es complicado... ¿Y lo que me ha gustado o lo que me gusta?

—Ok. Está bien. Entiendo. Los indecisos, al final del pasillo. Sigue las señales.

El agente de policía le hizo un gesto para que avanzara. El hombre dudó.

—Para las explicaciones, ya verás allí. No tengo tiempo que perder —exclamó exasperado.

De espaldas, con el impermeable puesto y la nuca al descubierto, el hombre parecía un actor de los años sesenta. Si hubiera llevado sombrero habría parecido un joven Yves Montand o Humphrey Bogart. Pero de frente, no se parecía en nada a una estrella de cine. Parecía avergonzado tanto por su tamaño como por su ser.

Caminó por el pasillo blanco.

El lugar se parecía al colegio San José, donde había sido escolarizado: las paredes amarillentas, el reloj en lo alto de la gran escalera, los azulejos desteñidos y el laberinto de pasillos.

Siguió el cartel de «Indecisos» y tomó el pasillo de la derecha.

Sin preguntarle siquiera su nombre, una mujer con bata blanca le señaló una puerta. Entró.

Había un pequeño escritorio de formica y dos sillas a cada lado. La grisácea habitación le recordaba a la enfermería de su colegio, pero, con su pequeña ventana al fondo, el lugar se asemejaba más a una sala de interrogatorios.

Una mujer de unos cuarenta años llegó sonriente, con una carpeta en la mano. Su cabello corto y canoso contrastaba con la frescura de su aspecto.

El hombre dio un paso atrás. La cabeza le daba vueltas. No podía ser ella.

—Siéntate, Max —oyó.



## 2

—¿Señora Schmidt? ¿Es usted?

—Sí, Max, soy yo. Me alegro de verte —contestó ella, aún sonriendo.

—Pero... pero... vi su esquila en la prensa. Fue hace varios años. Incluso Lionel me lo contó. Cáncer, creo.

—En efecto.

—¿Fingió su muerte? Fue testigo de un crimen y ahora vive bajo otra identidad, ¿verdad? ¿Y yo también?

Max podía sentir su corazón latiendo a toda velocidad. Sus ojos verdes buscaron una señal tranquilizadora... pero no había ninguna. El lugar era espeluznante y la situación incomprensible. Estaba aterrorizado como un niño que se despierta en mitad de la noche, todavía preso de una pesadilla.

—Cálmate, Max. Siéntate, por favor. Y quítate el abrigo. ¿Quieres beber algo?

Al igual que en tercero de ESO, cuando había sido su profesora de Literatura y tutora, la señora Schmidt hablaba en voz baja, pero siempre con tono autoritario.

Max obedeció. Colgó su impermeable en la percha que tenía detrás. Le temblaban las manos. Se sentó en una incómoda silla de madera, al otro lado del escritorio.

—Querría un café, por favor —murmuró.

La señora Schmidt cogió el teléfono del escritorio y pidió café y té Earl Grey. Era uno de esos viejos teléfonos grises con un dial de disco giratorio. Se podía enroscar el cable alrededor de los dedos.

Abrió la carpeta, haciendo chasquear las gomas. El estridente ruido sobresaltó a Max.

Vio su nombre en la parte superior de las notas que había traído.

La mujer del pasillo, la de la bata blanca, llegó con una bandeja. Puso una tetera pequeña y un termo de café sobre el escritorio, junto con dos tazas blancas y azúcar moreno, el preferido de Max.

—Gracias, Maryline. Este es Max.

—Encantada de conocerte —dijo la mujer mientras se alejaba.

Max murmuró un «gracias». Sirvió café en su taza. Derramó un poco. La señora Schmidt le tendió una servilleta de papel.

—No lo entiendo... Mi último recuerdo es... No... Es demasiado extraño.

—Aquí no hay nada extraño. ¿Qué es lo último que recuerdas, Max?

—Recuerdo que conducía por la autopista. Llovía. Oí chirriar los neumáticos. Luego sirenas.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se calentó las manos en su taza, de la que salía humo.

—Recuerdo el frío del quirófano. Y la sed. Las luces cegadoras. Y luego no hubo nada... Después, hacía cola aquí.

Max estaba a punto de llorar. Le daba vergüenza sentirse tan mal. Podía oír cómo su padre se enfadaba: «¡No vas a lloriquear como una nenaza!».

Max no había sido un niño maltratado. Su padre sólo quería hacer de él un hombre responsable. Era su forma de demostrarle

que le quería. Y aquí, ahora, en este frío lugar, a Max le hubiera gustado ser ese hombre fuerte e impenetrable.

La señora Schmidt se tapó la boca con las manos.

—Max, necesito que me escuches sin interrumpirme. ¿Lo entiendes?

Max asintió.

—Tienes razón, Max. Estoy muerta. De verdad.

—Pero...

—No, aceptaste escucharme, Max. Responderé a todas tus preguntas más tarde. Te lo prometo.

Max se preguntó si había perdido la cabeza. Lo que le molestaba era que físicamente era exactamente como la recordaba, hacía al menos veinte años. Una hermosa mujer de cuerpo atlético de unos cuarenta años, cincuenta a lo sumo. Y aún con ese color de pelo de señora mayor que únicamente la hacía más misteriosa. Entonces, su pelo era más largo. Esa era la única diferencia que veía.

—Fallecí, como todo el mundo aquí —dijo—. Un cáncer, en efecto. Incluso varios.

Max no pudo reprimir una risa ahogada.

—Aquí las almas están en tránsito... Deben encontrar en una novela un personaje en el que se reencarnarán, lo que les permitirá vivir para siempre.

Esta vez Max se rio a carcajadas.

—Reencarnarse en un personaje de novela resulta muy divertido. ¿Es una broma por mi cumpleaños? Voy a cumplir treinta y tres. Lo sabe, ¿verdad?

—No te preocupes. Estamos acostumbrados. Ese es el problema con las muertes violentas. La gente no está preparada. Pero todo irá bien.

Max se sentó de nuevo en su silla de madera.

—¿Qué quiere decir con una muerte violenta? ¿De quién está hablando?

—De ti. De tu accidente de coche. Falleciste unas horas después de la operación. Los médicos hicieron realmente cuanto pudieron. El choque en cadena en la A1 fue uno de los más mortíferos de Francia. 28 muertos, 160 heridos. Eso explica también la aglomeración en la entrada, en el vestíbulo. Normalmente esto está más tranquilo.

La mandíbula de Max se puso rígida. Su cuerpo se tambaleó ligeramente. La señora Schmidt le había dejado fuera de combate.

—¿Y Julie?

Max había preguntado por su novia por acto reflejo.

—Está bien. Estabas solo al volante.

Max era incapaz de hablar, moverse o incluso pensar. Ella estaba delirando. O quizá él. Podía oírla como si le hablara desde otra dimensión. Sin embargo, estaba allí, frente a él.

Se quedó en silencio. Entonces, el tono claro de su voz volvió a llenar la habitación.

—La sorpresa agradable es que morir no significa desaparecer. Tú estarás ahí para ella y para todos los que te quieren; e incluso para los demás, pero de forma diferente...

Max cerró los ojos. Se masajeó la frente con la punta de los dedos, en el entrecejo. Un gesto recurrente cuando estaba agotado y tenía que concentrarse.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella estaba de pie frente al escritorio, con las manos detrás.

—El primer paso es elegir tu género —dijo, como algo natural.